

bién los analfabetos. De este modo se escribía por ejemplo en un sobre "Voto por la 15" y ya se sabía qué quería decir "Voto a Herrera", por ejemplo. El ajetreo superaba siempre la paciencia más firme, y los hombres y mujeres, enfundados en sus dificultosos trajes, corrían y venían, tratando de arrimar el mayor número de contestaciones a sus arcontes o números respectivos, en una especie de quiniela sensacional donde solían perder todos. Ni qué hablar de lo que parecerían, con aquellos trajes opacos que les cubrían totalmente el cuerpo, como si fuesen envoltorios, no dejando ver más que la cara y las manos. Aquella gente incomprensible, que tenía vergüenza de que los demás le viesen la barriga, por ejemplo, no tenía empacho, sin embargo, en exhibir la totalidad de sus sentimientos descompuestos. Los tipos se tapaban bien el cuerpo por atrás y por delante, con sus ropas espesas e intransparentes. Y se echaban a vociferar, gritar, y llorar en público, declamando virtudes de sus arcontes y vicios de los rivales, en una suerte de espectáculo dantesco.

La otra particularidad notable es la intervención femenina en todo esto. Aunque muchos lo ignoren, la verdad es que las mujeres metían cuerpo en todas estas cosas al par de los hombres. No había sucedido así, claro, en siglos anteriores. Pero durante un período del siglo XIX que se extiende hasta las grandes invasiones japonesas, la mujer llegó a ocupar un lugar destacadísimo en la sociedad. Es curioso cómo nuestros padres, que tenían tan arraigado el prejuicio de la virilidad, permitiesen esto. Pero conviene no olvidar el lema aquel, propuesto por Bernasconi para definir el siglo XX: "¡Hago lo contrario de lo que me parece bien!".

En efecto: cuando se piensa que una mujer de entonces no se limitaba, como hoy, a la preparación del té y a la educación de los niños menores de seis meses, sino que tenía voz decisiva incluso en política internacional, pudiendo ocupar los cargos de mayor responsabilidad, saliendo a todas horas a la calle, diciendo la última palabra en cada casa, fumando (!), y eligiendo ella incluso el marido que le gustaba, uno comprende por qué aquellos pobres hombres del siglo XX, que vivían dedicados al rebusque diario y endiablado de la comida, llevaron el hermoso mundo de Adán al caos de que tuvimos que sacarlo nosotros, los del siglo XXI.

8 de diciembre de 1950

En la 5ª década Uruguay se hace nación unida

Con franqueza, sólo la circunstancia o motivo simétrico de haber ya escrito la historia de las cuatro primeras décadas de este siglo, nos pueden convencer de que debemos escribir la de la quinta. Empresa que

según todos comprenden no es posible en absoluto. Vaya Dios a saber por qué el hombre puede aventurarse reseñando modos y sucesos anteriores al advenimiento de los dinosaurios. Es posible escribir tomos y más tomos, con índices sistemáticos, sobre la evolución milenaria de un insecto o sobre el pasado de pueblos desaparecidos que no dejaron siquiera escritura. Y aunque parezca mentira —y hasta lo sea— es posible obtener la luz en el fondo, y ver claro.

Pero escribir, describir lo que se está viendo y viviendo, está más allá de toda humana facultad. Es como querer tomarse el pulso propio. Es como estar enamorado y querer aconsejarse con uno mismo. Es casi, para tomar una frase ilustre, como pretender tejer una cuerda de arena.

Este país

Nosotros los uruguayos queremos tanto al Uruguay que casi podríamos decir que este país nosotros es como una patria. Como aquel del cuento que juraba que para él su vieja era como una madre... Admitir esto, y admitir que no tenemos necesidad ninguna de conocerlo, es una misma cosa. Y por eso todo intento de definición del Uruguay está condenado al fracaso, a la irrisión y al olvido. Y nos dejará tan frescos —y tan uruguayos— como antes.

Hay una expresión, sin embargo, que se viene a la lengua cada vez que pensamos en ese Uruguay estrictamente actual, donde ya no queda más recuerdo de Saravia que 260.000 mil votos más o menos, ni más memoria de Batlle que 300.000. Falsa como todas las estocadas que quieren tirarse a fondo hacia el corazón mismo de la verdad, esta frase, a poco que se la considere, resulta, lejos, la más graciosa y tramposa que hemos escuchado en la vida: "Uruguay, Suiza de América...".

Buscando y buscando en los repliegues de la memoria hemos encontrado una sola idiotez comparable a ésta; es aquella otra que dice: "Minas, Suiza del Uruguay..."

Sin Guillermo Tell, y sin la consiguiente historia secular de ballesta y manzana, sin montañas con cumbres erizadas de tuberculosos clasificados según clase social y posibilidad económica, sin laderas con skies y sin paradores para alpinistas aficionados, sin lagos donde vengan a mirarse las cumbres enaneadas de nieve y hasta sin sede jubilada de Sociedad de las Naciones, nuestro Uruguay se parece tanto a Suiza como Homero a un cronista de cine. Postular otra cosa es casi afirmar que Luisito y un Colegiado son lo mismo. O que la industria del reloj repite en lo sustancial la crianza de vacas y de ovejas. O para ser más precisos, que la acción de montar la maquinaria de un despertador es conciliable con la de requintarse el gacho y empezar a silbar bajito el "Desde lejos se te manya...".

Al Uruguay hay que buscarlo en otras cosas. Porque nosotros no tenemos Rousseau. Al Uruguay hay que buscarlo en Artigas, en el fútbol, en el batili-herrerismo, en la voz de Alberto Vila, en la boca de los

veteranos del Circulo Militar y en el comienzo rezongón de los tanges de Saborido. Y hasta que no hayamos devanado esa madeja hasta reducirla a las dos o tres líneas claras de un mapa espiritual comprensible desde la primer ojeada, mal podrá nadie historiarlo, ni juzgarlo, ni ponderarlo. Apenas casi si se podrá quererlo.

Diez años

Diez años se van en un vuelo y se recuerdan en el tiempo que dura un sletazo. En 1940 era Presidente de la República el General - Arquitecto Alfredo Baldomir, hoy muerto. Este hombre pasará a la historia no por esos títulos de militar y de arquitecto, sin embargo, sino por otro más sutil e importante: el de sindicolidador del movimiento conocido como revolución de marzo o cuartelazo de bomberos. No hay peor cuña que la del mismo palo, dice un refrán campesino, y un clavo con otro clavo se quita, afirma otro proverbio ciudadano. Baldomir intuyó que la mejor manera de deshacer un golpe de estado era pegarle otro encima, como para remacharlo. Y a Dios gracias no le tembló la mano —que diría Perón— cuando llegó la hora de darlo. Fue el hecho el 21 de febrero de 1941 y no crea la posteridad que los orientales carecieron de socorrida reacción popular. Por el contrario, hubo reunión de gente armada y todo, que se juntó en la explanada del Palacio Legislativo. Lo de armada es histórico: había un revólver de por medio y hasta fue revoleado por el aire, en ademán inconducentemente viril. Era el famoso revólver de D. Ramón Viña, revólver que tan sesudas opiniones ha emitido, según es notorio, en los trascendentales debates parlamentarios. Arma pintoresca y de buen corazón, como que nunca ha hecho mal ni a una mosca, no tiene más defecto que el de astillarle un dedo a su propio propietario cada vez que lo esgrime, según hemos oído una y otra vez. De todos modos, y a estar a las afirmaciones de los más fidedignos adversarios, más vale en cualquier momento caer en manos del revólver de Viña que en el radio de tiro de su lengua y sus imprecaciones. Una y otro figurarán sin duda en la sección "Curiosidades" de nuestras historias patrias, el día en que nuestras historias patrias se escriban como Dios manda.

Sea como quiera, es lo cierto que aquel golpe siguió su marcha como el tiempo. Preguntado o interpelado por uno de los personajes de su partido sobre cual era el camino a seguir después de aquel paso decisivo, el General Baldomir fue parco y mesurado: "Ahora —dijo— lo que hay que hacer es irse a dormir..."

Aquel día nació la famosa teoría de los golpes malos y de los golpes buenos. Que es como la aceptación político - jurídica del "según y conforme". MALO o BUENO según que me lo den a mí o a otro. De todos modos, no hay una sola alma sensata, entre el Cuareim y el Plata, que no alimente la certeza de que el golpe del 21 fue, cuando menos, menos malo. Que ya es decir. Cayó con él la Constitución de Terra y nació esta otra, que es la misma pero aliviada de sus horrores fundamentales, y que conocemos como Constitución del 42, que nos rige.

En el 42 hubo elecciones, y fueron en ellas que se eligió Presidente al jurista D. Juan José de Amézaga y Vice a Don Alberto más vale no hablar Guani. De Amézaga podría decirse que fue el último Presidente con nombre y apellido que tuvo el país. Y hasta creo que si consiguió conservar el apellido en el Gobierno librándose del Juanjo, que ni pintado le caía, fue, más que a su investidura, gracias a su prosapia de catadrático de leyes, hombre de confianza del Código Civil, jurista por antonomasia y respetable por consecuencia.

A partir de su gobierno de pan negro, implicancias presuntas, colas para los artículos de primera necesidad y otras tristezas de que tuvo y no tuvo la culpa, los Presidentes han ido dejando el apellido como si fuera un paraguas o una chistera, colgado en la percha de la puerta del Palacio de Gobierno.

El hombre elegido en el 46 fue conocido así por Don Tomás. Y quien le sucedió en el ejercicio de la magistratura, por Luisito. Hay por ahí unos 6.141 votos de ventaja a favor del electo en las últimas elecciones. Esos votos, y los que se le agreguen, según es lo más probable, le costarán, entre otros disgustos, el quedarse para siempre en la voz popular como mero Don Andrés. Que por lo demás suena bastante bien.

Adquisiciones

Lo que hemos adquirido como país durante este tiempo, no es mucho. Pero alcanza con todo para echar las bases de una teoría sobre la manera de vivir en vano. Por mis cuentas (más que susceptibles de error u omisión, seguras de ello), lo nuevo de estos diez años se agota en una trinidad triste: Consejo de Salarios, Coca-cola y Naciones Unidas.

Fundadas como consecuencia de la última guerra, uno no termina de comprender si las Naciones Unidas responden a la necesidad de evitar las guerras o al deseo de organizarlas ciudadanosamente, con el mejor método posible. Hay en todo caso una apreciación imparcial salida de boca de un delegado árabe, que ilustra bastante sobre la esencia de este alto organismo internacional. Es ella la que sigue:

"Las Naciones Unidas actúan siempre de manera efectiva. Hay por ejemplo un conflicto entre dos naciones pequeñas. Las Naciones Unidas intervienen entonces y desaparece el conflicto".

"Puede haber también un conflicto entre una nación pequeña y una nación grande. En ese caso, las Naciones Unidas también intervienen y desaparece la nación pequeña".

"Pero puede plantearse todavía otra posibilidad: la de un conflicto entre dos naciones grandes. En ese caso, las Naciones Unidas también intervienen y desaparecen las Naciones Unidas".

El Uruguay adquirió durante la década 1940-1950 el derecho a un lugar en estas Naciones Unidas. Y no conforme con ello, casi podríamos afirmar que nos hemos constituido en la Nación Unida por exce-

lencia. No cortamos. No pinchamos. Tenemos excelentes oradores que nos representan. Y cuando algún problema no atañe de manera fundamental la órbita de las naciones grandes, hemos incluso asumido el papel más destacado. Como en el caso de Palestina, donde nuestro delegado se ganó el derecho a que cada judío tuviera en la pared de la alcoba un retrato suyo con los lentes puestos.

Para poder entrar en las Naciones Unidas tuvimos, claro, que declararle oportunamente la guerra a Alemania. Este oportunamente debe ser tomado en sentido estricto. En efecto: se la declaramos cuando ya estaba absolutamente derrotada. Antes no hubiera tenido sentido, sobre todo teniendo en cuenta nuestra penuria en atómicas y en submarinos.

Los Consejos de Salarios son otra de las grandes adquisiciones de la década. Para resumirlos en dos palabras diríamos que los Consejos de Salarios son la causa de que todas las cosas valgan hoy cinco veces más que antes y de que todos tengamos plata, sin embargo, para comprarlas. Dígase lo que se diga, estos Consejos son los únicos consejos que sirven para algo en esta vida. Y aunque mejor sería no tenerlos, en caso de no tenerlos, habría que implantarlos enseguida.

La Coca-cola es la tercera adquisición notable. Precio: más barato que ninguna otra bebida. Gusto: a baranda de escalera. Efecto: el del bicarbonato. El letrero que la anuncia es después de todo, el único rasgo común que une a nuestras carreteras con las de Francia, con las del Tibet y con las del Congo belga. Bebida universal, hay que tomarla helada. Y ni el propio padrecito Stalin puede jurar de esta Coca-cola no beberé, porque la Coca-cola tiene un General en jefe más hábil evidentemente que Mac Arthur, y para el cual no existe ni río Valú, ni frontera con Manchuria ni paz de los sepulcros. "Ubi societates —dirían los juristas romanos— ibi Coca-cola"; donde hay sociedad, hay Coca-cola.

Pérdidas

El rubro pérdidas, frustraciones, desapariciones, etc., parece ser bastante más abundante que el de las adquisiciones. Parece mentira, pero del mismo modo que la sanción social cae poderosa sobre el individuo que se aparta del prejuicio ambiente, cabe afirmar que cuando la sociedad entera es la que se echa al abandono, es este mismo abandono el que se transforma en prejuicio, regla recomendable y tiranía de grupos menores. Las expresiones "chapado a la antigua", "tiempo de los tres botones" y "cara antigua" reflejan, aunque de manera lateral, algunos de los muchos desprecios que el pobre y chato Uruguay del presente, Suiza sin alpinismo, se permite experimentar por el Uruguay moral y heroico de cuando nuestros padres andaban en cuatro patas.

Esta dura ley, es, sin embargo, ley. En la gran tienda de la historia, el presentes es el cliente que siempre tiene razón. Nadie levantará contra él su voz. Y si para cada hombre individual, como quiso Manrique, todo tiempo pasado fue mejor, para cada sociedad, en cambio, todo tiempo pasado fue ridículo y torpe.

Hemos perdido todo: desde el carnaval a la política aquella, pintada sobre un lienzo dignificado por un fondo de lanzas; desde el tango de verdad hasta la modestia nacional. Y la idea —atroz idea, noción rioplatense, porteñismo colado en nuestra crédula alma aldeana— de que el Uruguay es, ¡Santo Dios!, el mejor país del mundo, nos persigue uno a uno cada noche hasta convencernos a todos de que es así. Y tal vez lo sea, aunque no parecería esto en todo caso un motivo para adoptar la bartola por bandera y el andá cantarle a Gardel por serenata. Que es lo que día a día hacemos, entre buches cada vez más espesos de esta Coca-Cola que nuestros abuelos habrían escupido, entre lecturas de telegramas de estas Naciones Unidas que nuestros abuelos, con su analfabeta dignidad de patriarcas, hubieran ignorado, entre estos costos de la vida y subas de salarios que nos materializan un poquito más cada hora el ya de por sí material y vertiginoso sustento de cada día.

Se acabaron las guitarras abajo de los parrales. Se acabaron los guapos. Se acabaron los faroles a querosén. Y está bien que así sea. Pero nada vino después. Y al hombre se le quedó endurecido en la mano, como un cuerpo extraño, el gesto aquel imprescindible con que solía darse vuelta el bigote como quien da vuelta una esquina. Y ese gesto molesta, y hace mal adentro del cuerpo. Y nos envenena la sangre. Y por eso hay tanta histeria desahogada por ahí, bajo las mil formas atroces de la histeria: desde el mal gusto, hasta la intolerancia, hasta la manía de juzgar erigida en pasatiempo social. La mujer también perdió su gesto. En algunas, cuando salen muy bonitas, pervive, como un fluido, algo de aquel levantarse la larga falda, adelantando el zapato, para pisar el escalón.

La ciudad misma toda se ha como desvanecida bajo la bocanada gris de vaya Dios a saber qué maldición de los tiempos. Y por eso sus parques, donde antes paseaban los Ministros, sirven hoy sólo para que tomen sol los pibes, incapaces de hacerlo en sus casas como jaulas. Aquella institución del 900 que fueron los bancos de las plazas, frecuentados un día por las personalidades de la ciudad, son hoy el refugio, la cama de los atorrantes sin domicilio fijo. El buen tono se separó de la calzada y de la vereda, como por una alergia mutua. Y las puntas de la sociedad, desencontradas para siempre, han abierto el agujero por donde las de arriba caerán fatalmente hacia abajo. Era justo, era arbitrario sin duda aquel mundo que pasó. Pero al cambiarlo por esta porquería es evidente que se perdió plata. Una plata que nunca sabremos dónde está.